

Entrevistas

DIÁLOGO CON CLÉMENT ROSSET¹

FREDDY TÉLLEZ
UNIVERSITÉ POPULAIRE, LAUSANNE

Introducción

Creo que leí por primera vez a Clément Rosset atraído por uno de sus títulos, por lo general concisos y atractivos. No sé cuál de ellos fue, por lo demás. Poco importa. Lo cierto fue que me impactó. Recuerdo también que alguna vez, antes, había poseído su *L'anti-nature*, sin haber llegado nunca a leerlo. En esa época escribía mi tesis de doctorado en filosofía que gira en torno a dos autores opuestos a la esencia de lo que Clément Rosset defiende en ese libro: Marx y Reich. Después las cosas de la vida me llevaron a deshacerme de él, siempre virgen, sólo hojeado, y una vez concluida mi tesis. De ese primer libro tenido, a ese otro leído, hay una distancia llena de tiempo y de ideas que evolucionan. Creo que los libros que nos impactan son los que buscamos en secreto sin conocerlos, que intuimos, por así decirlo. Y por eso impactan, porque nos dan las palabras que buscábamos, desconocidas igualmente, pero presentidas en profundidad en el cierto maremagnum que conlleva toda evolución, todo cambio de máscara.

Mucho más tiempo pasó, entre tanto, hasta el día en que las mismas cosas de la vida me llevaron a proponerle a una universidad colombiana la traducción de uno de sus otros títulos enigmáticos, *La force majeure*, y que yo reduje a Nietzsche y Cioran, los dos autores que trata en el mismo y a los cuales adeudo, junto con Rosset, el cambio benéfico de máscara, o su afianzamiento al menos, y eso espero. De ahí a esta corta entrevista que aquí introduzco, es fácil verlo, no hay sino un paso. Paso alegre y gratificante, debo confesarlo, aunque dejo al lector la imaginación de los posibles motivos que lo caracterizan.

Por desgracia, esta entrevista se basa en un simple cuestionario, y no en una charla directa cara a cara. Los kilómetros que separan la ciudad donde vivo de la ciudad donde Rosset trabaja, aunque relativamente pocos, no dejan, no obstante, de ser un obstáculo. Digo "por desgracia", no sólo por el placer que tendría en conocerlo personalmente, sino ante todo porque una hoja escrita, y esto ya lo sabían Sócrates y Platón, excluye la curiosidad interrogativa de la voz y la mirada.

¹ Entrevista realizada en relación con mi traducción de su libro *La force majeure* (1983), consagrado en gran parte a Nietzsche y Cioran, y presentado a una editorial colombiana para su publicación.

Esta no podrá reemplazar jamás la presencia viva, núcleo confuso donde toda metafísica se esconde, si le creemos a Heidegger y a Derrida.

Releyendo sus respuestas, no puedo impedirme el continuar preguntándole. En vano. Quizás el lector comparta conmigo, en algún momento de la entrevista, esa curiosidad insatisfecha. Por ejemplo en la última respuesta, “inconclusa”, por no dar lugar a la enumeración que permite. Me refiero a la lista virtual de “escritores y artistas de este siglo” que Rosset confiesa admirar, sin mencionarlos. Pero lo que más me intriga, si puedo expresarme así, es el “y curiosamente” de la quinta respuesta, la relativa a lo válido o lo perimido en la obra de Nietzsche. Cuánto no daría por poder “pícarlo” en persona ante ese “misterio”. Que se me permita aquí adelantar, en toda impunidad, una tesis. Sólo Rosset mismo podrá decirme un día si me equivoco.

Sólo en uno o dos lugares de su largo ensayo sobre Nietzsche, Rosset expresa de manera mitigada su cierta desconfianza ante los temas que en esa respuesta rechaza por primera vez en forma expresa, y si mi ignorancia no me juega una mala partida. ¿Es factible afirmar en su apreciación de dicho filósofo una evolución, entonces, y que iría “curiosamente” en el mismo sentido de las críticas dirigidas por algunos de los autores del libro referido en el cuestionario (*Pourquoi nous ne sommes pas nietzschéens*)? Me apresuro a agregar: no en el sentido “cristiano y moralizante” con el cual Comte-Sponville sella su propia lectura del filósofo.

Añado que el rechazo de los temas característicos de la “gran política” nietzscheana puede hacerse desde varias perspectivas posibles. Entre ellas la de Rosset. Pero, y ¿cuál es ésta? Esa es al menos la gran cuestión que ampliaría la respuesta con la cual él nos obliga a contentarnos en esta entrevista. No quiero decir que no sepamos, sus lectores, cuál es ese enfoque definitorio de su posición “nietzscheana”. Estoy sencillamente preguntándome en voz alta si el rechazo *explícito* de esa “gran política” y sus temas relativos no daría sobre una mayor claridad, sobre un cierto giro eventual de dicho enfoque. Algo así como un anexo por escribir a ese gran ensayo, y que no invalidaría por fuerza su propia perspectiva, claro está, sino que la ampliaría simplemente. Un anexo, a secas.

Soy consciente de que le estoy pidiendo a Rosset escribir otro libro, hoy, sobre Nietzsche. Es lo que él mismo me responde, sin rodeos, en la quinta pregunta. ¿Por qué no? me digo. Al fin y al cabo eso permitiría afinar, resituar, profundizar y corroborar, pero en este nuevo presente, la formidable fuerza de su enfoque consignado en *La force majeure* de 1983, y que apuntala o nutre, váyase a saber, su posición filosófica a lo largo de todos estos años consagrados a combatir las diversas formas de la ilusión razonada de los hombres, nosotros, seres imperfectos... ¿Habrán oídos finos que me escuchen?

Por último, una palabra de historiador. Esta entrevista fue realizada entre Lausana y Niza en el mes de mayo de 1994, elaboración del cuestionario y respuestas incluidas. La traduzco y la concluyo ahora, en este soleado junio.

Freddy Téllez: *De su propia vida se saben en general dos o tres cosas: nacido en Normadía, profesor de filosofía en Niza, autor de más de una docena de libros (entre los cuales algunos ya inencontrables en librerías), y eso es todo. ¿Podría agregar algo más a ese corto curriculum?*

Clément Rosset: *¿Para qué? Esas informaciones me parecen ampliamente suficientes. En cuanto a los libros “ya inencontrables en librería” de que Usted habla, no veo sino la *Lettre sur les chimpanzés* que Gallimard está decidido a reeditar, creo, y un libro del cual no deseo la reimpresión por estimarlo demasiado mediocre (*Le monde et ses remèdes*).*

F. T.: *¿Cómo ve Usted hoy, con la distancia que da el tiempo, su segundo libro de juventud, *Lettres sur les chimpanzés* (1965), un poco enigmático por su ironía “swiftiana” dirigida contra cierto humanismo, muy a la moda en esa época, supongo?*

C. R.: *La *Lettre sur les chimpanzés* estaba dirigido, en efecto, contra un catecismo humanista “bien-pensante”, del cual Jean-Paul Sartre y Simone de Beauvoir eran entonces los principales predicadores, y que era retomado en coro por el conjunto de la inteligencia parisina. Confieso encontrarlo aun hoy bastante divertido (*cocasse*) y, sobre todo, siempre de actualidad.*

F. T.: *Usted ha consagrado a Schopenhauer tres libros ¿Cuál es el lugar que dicho filósofo ocupa aún en su pensamiento? ¿Y cómo se conjuga con su admiración por Nietzsche?*

C. R.: *Por supuesto que Schopenhauer me parece hoy más lejano que hace treinta años. Pero regreso a él con frecuencia, con ocasión de un libro o de un curso en la universidad. Lo sólido y original que él posee continúa impresionándome, incluso si no estoy de acuerdo con algunas de sus tesis de fondo (el pesimismo, el renunciamiento a la vida). Por otro lado, no veo por qué la validación de un pensador como Nietzsche debería implicar la descalificación de Schopenhauer. No existen sino pocos desacuerdos fundamentales entre ambos. Llegado el caso, por mi lado, le doy más bien razón a Nietzsche.*

F. T.: *¿Se considera Usted hoy un “nietzscheano”, once años después de su libro *La force majeure*, dedicado en gran parte a él? (O treinta y cuatro años después de *La philosophie tragique*, y si está Usted de acuerdo en incluir también este primer libro bajo esa denominación).*

C. R.: *¿Qué significa ser nietzscheano? Gran cuestión. Usted conoce esa aria*

de Offenbach en *Les Brigands*: “hay gente que se dice española y no lo son”. Lo mismo podría decirse de la mayoría de nuestros nietzscheanos de hoy. Lo cierto es que he aprendido siempre mucho leyendo a Nietzsche, más, quizá, que con la lectura de cualquier otro filósofo.

F. T.: A 150 años de distancia del nacimiento de Nietzsche ¿qué considera Usted todavía vigente o perimido en su filosofía?

C. R.: Necesitaría cien páginas para responder a esa pregunta. Prefiero decirle en una palabra que nada me parece perimido en Nietzsche, salvo, tal vez, y curiosamente, los temas architrillados desde hace más de treinta años: el superhombre, la voluntad de poder, el eterno retorno y también todo lo referente a sus visiones de “gran política”.

F. T.: André Comte-Sponville² le critica a Usted una cierta visión unilateral, al dejar de lado “La Voluntad de poder, la casi totalidad del Zarathustra y el contenido propiamente inmoral o immoralista de Más allá del bien y del mal, o La genealogía de la moral” (50), en su interpretación del filósofo alemán. Lo cual le permite a dicho autor mostrar un Nietzsche racista y peligrosamente cercano al nazismo. ¿Qué piensa Usted de eso?

C. R.: Usted mismo responde a esta cuestión en su siguiente pregunta, cuando caracteriza de lectura “cristiana” y moral de Nietzsche los propósitos de dicho autor. De ahí las reticencias de Comte-Sponville y de sus compañeros en ese libro que Usted cita, y que no puedan encontrar satisfacción en un pensamiento que, sin ser en absoluto racista o nazi, como lo sugieren, no deja por el contrario de conculcar los valores y principios a los cuales ellos adhieren.

F. T.: La lectura de Nietzsche hecha por André Comte-Sponville es una lectura cristiana, basada en la denuncia de lo inhumano y lo inmoral por lo humano y lo moral. De ahí su preferencia por Spinoza ante Nietzsche y, sobre todo, del Diario de una víctima del nazismo, de Ety Hillesu, por el cual “cambiaría sin vacilar”, según sus propios términos, “toda La Voluntad de poder, El anticristo y Ecce Homo” (89). Esa posición recuerda, sin que Comte-Sponville sea consciente o lo afirme, los análisis de René Girard (sin olvidar que este último nunca cae en una crítica negativista o destructora de la obra de Nietzsche, como si ocurre con aquel). ¿Estaría Usted de acuerdo con mi formulación?

² *La brute, le sophiste y l'esthète: l'art au service de l'illusion*. En: V.V., Pourquoi nous ne sommes pas nietzschéens, Grasset, Paris 1991.

C. R.: Totalmente.

F. T.: *En Le Réel. Traité de l'idiotie (Minuit, 1977) le critica Usted a los "hegelianos modernos (de Mallarmé a Lacan, pasando por Georges Bataille y Jacques Derrida)" (55) el diferir sin cesar el sentido (y por lo tanto la presencia y lo real) en un más allá y un porvenir eterno, al igual que un "ilusionista lleva a sus espectadores a ver un objeto ausente por simple poder de sugestión" (54). Pero al definir lo real como lo que "no aparece nunca sino más allá" (124) ¿no cree Usted que así se difiere de nuevo y sin cesar lo real?*

C. R.: Existe la diferencia, entre ambas citas mencionadas, que en la primera yo critico la doctrina (o más bien, las numerosas formas de doctrina) de un "ser-en otra parte", mientras que la segunda designa solamente un "aparecer-en otra parte" (y un aparecer más tarde) de un real cuyo ser no reside sin embargo en el aquí y ahora, solamente en el aquí y ahora. En otros términos: no soy yo quien propone diferir de nuevo y sin cesar lo real, sino su "representación", siempre retardataria (un poco al igual de la felicidad, de la cual alguien dijo que se la reconoce por el ruido que hace al irse). Su *representación* solamente, no su *goce*, el cual o es inmediato, o no es.

F. T.: *¿Cree Usted que estamos viviendo hoy una época de desfascinación escéptica saludable con la crisis de los grandes finalismos utópicos y de los universales tranquilizantes que representaba el hegelomarxismo? ¿Ve Usted en ello signos positivos para el trabajo filosófico?*

C. R.: No. Soy bastante pesimista al respecto. Pienso que la humanidad en su conjunto está apegada de manera congénita a los diferentes modelos de la ilusión y de la utopía, cualquiera que puedan ser sus formas o su contenido. Ocurre, sin duda, que de tanto en tanto algunos grandes finalismos utópicos se derrumban, pero no es sino para pronto renacer bajo otras formas, a veces peores. Es verdad que hoy trastabilla todo lo que se encuentra en relación con lo que Usted llama el "hegelomarxismo", pero sólo Dios sabe qué nueva forma de alucinación colectiva vendrá mañana a reemplazar, en el espíritu de los hombres, el lugar que deja vacante su retroceso. Y estaría tentado de agregar: ¡atención!

Para resumir en una palabra lo que intento expresar aquí, le propondría una formulación un poco lapidaria y enigmática, es cierto, pero que posee la ventaja de traducir exactamente lo que pienso de la condición humana de acuerdo con Lucrecio y Pascal: el hombre no está aún "preparado" para lo real, y no lo estará nunca, sin duda.

F. T.: *En Le principe de cruauté (Minuit, 1988) define Usted la filosofía por su virtud negativa para eliminar "ideas dudosas, ilusiones y delirios", antes que por su poder de enunciar certidumbres y verdades positivas. ¿Qué filósofo o corriente filosófica actual le parece ajustarse mejor a dicha definición? E, independientemente de ésta ¿hay algún filósofo o tendencia filosófica contemporánea en Francia o en el extranjero que le llame la atención?*

C. R.: Esa es una pregunta-trampa. Usted debe saber sin duda que no me siento cercano a ningún filósofo actual, ni a ninguna corriente filosófica contemporánea. Remontando el curso del tiempo, el primer filósofo con el cual me encuentro en simpatía intelectual es Henri Bergson. Por el contrario, podría citarle muchos escritores y artistas de este siglo que admiro sin reservas y de los cuales me siento intelectualmente, con razón o sin ella, bastante próximo.

